

Eje B: Estudios de sociología histórica argentina y regional

Mesa: N° 5: Derechos humanos y memoria social en nuestra historia reciente. Terrorismo de Estado y genocidio en la última dictadura militar (1976-1983).

Título: Guerra civil o guerra civil larvada¹

Autores/as: Doctor José Casas, Lic. Andrea Climent. Lic. Gerardo Larreta.

e-mail: josemncasas@gmail.com; andreacliment1501@gmail.com;
gerardolarreta@gmail.com

Resumen

Este trabajo trata sobre el conflicto que padeció la Argentina entre 1973-1976, que es un importante tema de discusión política y académica siempre vigente. Se trata del interregno democrático del gobierno peronista entre el 25 de mayo de 1973 y el 24 de marzo de 1976, que fue una etapa de violencia como nunca antes conocida en Argentina en la lucha por imponer una hegemonía y por el control del poder del estado entre diversas clases y fracciones de clases sociales, entre diversas organizaciones políticas y fuerzas sociales en un conflicto complejo, diverso, generalizado, que atravesaba al conjunto de la estructura social y económica, en medio de una crisis política y económica constante. La lucha de masas y la lucha armada revolucionaria, el accionar de grupos armados de derecha (paramilitares, paraestatales y sindicales), las prácticas represivas aplicadas, el creciente terror instalado en la sociedad con los asesinatos políticos, las luchas en el interior del partido gobernante, las luchas entre las bases obreras y el poder sindical, Todo ello mostraba a la violencia como práctica política o Clausewitz(2005), al conflicto armado como continuación de la política por otros medios. Inés Izaguirre (2009) plantea que en el periodo 1969-1976 hubo una situación de guerra civil y entre 1976 y 1983 se produjo el genocidio. En esta ponencia nos

¹ Casas, J., Climent, A., Larreta, G. (2019). Guerra civil o guerra civil larvada. 3° Congreso Nacional de Sociología-Pre ALAS Perú 2019-2° Jornadas provinciales de Sociología. Archivo Digital de Derechos Humanos y Memoria ISSN 2683-7668
<http://www.omp.unsj.edu.ar/index.php/ddhh/index>

planteamos discutir –dentro de ciertos límites- la caracterización de la etapa como de guerra civil y plantear que se trató de guerra larvada. El objetivo es tratar de contribuir a dilucidar y caracterizar esa etapa de la historia reciente, cuyos efectos aún están presentes en nuestra sociedad.

Palabras clave: Guerra civil, guerra larvada, organizaciones político militares.

Introducción

Inés Izaguirre plantea que a partir del Cordobazo comienza una guerra contra la fuerza social popular, que tenía por objetivo su aniquilación, a través de sucesivos golpes o rupturas:

Aquí las rupturas se producen en detrimento de uno de los dos bandos, que ya no puede rearticular sus fuerzas: hay *derrota, o sea, acumulación de rupturas de relaciones sociales* (1994; 21) (...) *la guerra antisubversiva fue la forma cruenta, de guerra*, que sumió la lucha de clases en la Argentina (...), una guerra donde ha habido muy pocos combates en el sentido clásico (1994, 31) [Cursivas de la autora]

El concepto de guerra civil de la autora no es el clásico; se trató de una forma de guerra desarrollada desde el aparato del poder por la fracción dominante como práctica represiva de aniquilamiento –disciplinamiento de la fuerza social popular contestataria que estaba conformándose en la Argentina y que iba a producir una gran variedad de luchas en los años siguientes, de tal manera que el poder se veía amenazado. Pero es justamente eso lo que nos remite al concepto de guerra larvada.

Fue Halperin Donghi (2006) quien utilizó el concepto de guerra civil larvada para referirse a tres décadas del peronismo y a una situación que podría tener un desenlace violento; la guerra civil larvada podía ser la antesala del infierno. Luis Mattini retomó este concepto. Refiriéndose a la historia argentina desde 1930 en adelante escribió:

Esta continua intervención de las FF.AA. en la vida política de la Nación, la ausencia del estado de derecho (puesto que, o bien gobernaban los militares, o bien con las administraciones civiles el "estado de sitio" era la norma) y la falsa

antinomia peronismo-antiperonismo iban creando la sensación de una situación de guerra civil larvada que alimentaba la idea de que estaba llegando "la hora de las armas", percepción que se extendía cada vez más en la población con la expresión compartida: "en este país hay que cortar cien mil cabezas". En todo caso, la diferencia pasaba por la elección de las cabezas que había que cortar (Mattini, 2006; 12).

La génesis de los grupos armados sucedió a principios de la década del '60, a consuno con la experiencia de las luchas obreras y de la resistencia peronista. Fue un proceso de acumulación de fuerzas que iba a eclosionar el 29 de mayo de 1969 contra la dictadura militar de aquel entonces en Córdoba. Desde entonces iba a desarrollarse la fuerza popular contestaría, llevando a la Argentina a un alto nivel de conflictividad en cuanto a las luchas de masas y de acciones guerrilleras: la fuerza social popular, diversa y compleja, se configura en lucha contra la fuerza del sistema. La guerra larvada del poder tenía una respuesta desde su contrario; en esas condiciones se abría un espacio y tiempo de intensas luchas, en que se pasaba a una etapa armada de la lucha de clases pero donde la fuerza popular no estaba en condiciones –dada la correlación de fuerzas- de vencer.

Guerra Larvada

Nos planteamos la caracterización de la etapa como de guerra larvada, aunque desde los actores de la época otras fueron las definiciones que impusieron. "Guerra popular prolongada" como estrategia definida por las organizaciones político-militares (OPM); "guerra sucia" por las fuerzas armadas; "guerra de aparatos" por algunas perspectivas críticas a las acciones armadas.

El concepto de guerra larvada es lábil y se aplica a situaciones o acontecimientos diversos, tal que puede resultar ambiguo en su aplicación. No obstante el concepto tiene potencialidad para describir y comprender situaciones o acontecimientos que tienen particularidades específicas y que requieren ser caracterizados, no por una necesidad quizá ociosa de conocimiento, sino por la necesidad más imperiosa de comprender y explicar procesos histórico-sociales de gran importancia en la vida de los pueblos, tal que perturban su existencia actual.

Guerra larvada es una guerra oculta (o casi oculta), puede ser reconocida por sus participantes pero no está desplegada totalmente. Es la violencia armada intermitente, latente o esporádica: es la posibilidad de algo nuevo. Está allí, puede aparecer o estallar en cualquier momento en formas de guerra muy violentas.

Guerra larvada es cuando el Estado o grupos armados dirigidos por el Estado o clases dominantes producen acciones represivas contra grupos internos (clases, etnias, grupos religiosos o políticos) para producir su desaparición en forma casi no visible o, en el otro extremo, cuando hay una política deliberada de control violento de las clases subalternas desde el aparato estatal.

La confrontación en Argentina entre 1973 y 1976 fue de una etapa de alto nivel de violencia de lucha de clases, expresada en distintas formas, escenarios, actores y correlación de fuerzas. El conflicto de clases atravesaba al conjunto de la sociedad. La presencia de una fuerza social popular—compuesta por miembros de distintas clases— que había hecho una experiencia política en la etapa dictatorial y había ganado en número, organización, conciencia, capacidad de movilización, fue fundamental en ese interregno. La izquierda había salido de las catatumbas y ganado la calle con las movilizaciones populares y se habían formado organizaciones armadas, que se planteaban la toma del poder. La otra fuerza en pugna era la del gobierno peronista, con una fuerte base popular y obrera en principio, con sus ramas sindical, juvenil, política y un proyecto alternativo al del poder concentrado. La tercera fuerza era de las clases capitalistas concentradas, dominantes, con la cúpula de la aristocracia financiera, que avanzaba en su crecimiento económico (Izaguirre, 2009).

Etapas Represivas

La etapa de 1973-1976 fue breve e intensa, de contradicciones y conflictos que se expresaron como nunca antes en la historia argentina del siglo XX y que desembocó casi fatalmente en el genocidio: con distintos quiebres y rupturas pasó por varios momentos que son posibles diferenciar y caracterizar en tres momentos generales.

Etapa de acciones criminales de las organizaciones de derecha: con las FFAA a los cuarteles (desde el 25 de mayo de 1973 a febrero-octubre de 1975), la represión se realizó por las vías legales y por vías ilegales, a través de grupos armados de ultraderecha: grupos parapoliciales, paramilitares y paraestatales, protegidos y organizados desde el gobierno y fuerzas armadas.

Etapa del despliegue militar en Tucumán: comienzo del genocidio en Argentina a partir de febrero 1975 y con un segundo punto de inflexión en octubre de ese año, cuando las FFAA pueden actuar en la lucha contra la “subversión” en todo el territorio nacional.

24 de marzo de 1976: las fuerzas armadas toman el poder e instrumentan el terrorismo de estado y el genocidio. Así accionan para el exterminio de las organizaciones contra estatales y de la fuerza popular no armada.

La Primera Etapa

En la etapa de la dictadura Onganía- Levingston- Lanusse el estado de la lucha era casi de insurgencia, la cual no llegaría a plasmarse en otro nivel, ya que las elecciones la interrumpieron, abriéndose la vía pacífica. La etapa que comenzó con el Cordobazo (mayo de 1969) fue de insurgencia civil, de grandes acciones de masas: los dos Cordobazos, el Mendozazo, el Rosariazo, muchas puebladas y acciones de masas que jaqueaban a la dictadura. Distintas organizaciones subterráneas fueron madurando y comenzaron a actuar en la lucha armada. La fuerza social de izquierda se conformaba aunque fuese heterogénea y dispersa.

Las luchas populares terminaron por acorralar a la dictadura, la cual debió buscar una salida electoral, con el amplio triunfo del peronismo. Pero la derrota política de la dictadura no cerraron las contradicciones centrales y significó la apertura a nuevos conflictos: se develó el conflicto hasta entonces larvado en el interior del peronismo en la lucha por espacios de poder dentro de la cúpula gobernante, entre la izquierda y la derecha peronista, entre la lucha obrera y la burocracia gremial. Las contradicciones pueblo-antipueblo; liberación o dependencia; socialismo o capitalismo, enunciadas por la izquierda habrían de desplegarse en un proceso que se tornaría cada vez más violento. Se siguió con la dinámica de luchas anteriores: las fuerzas populares habían avanzado, asumió un gobierno popular; las transformaciones estructurales parecían posibles.

El 20 de junio, día del retorno del general Perón a la Argentina (a 25 días de asumir Cádiz) se produjo la masacre de Ezeiza, donde una de las multitudes más grandes de la historia argentina lo esperaba, efectuado por grupos de ultraderecha que comenzaban a imponerse de la peor manera. Significó una masacre donde murieron 13 personas y hubo 365 heridos de bala. Significó también el estallido de las contradicciones del peronismo:

Ezeiza contiene en germen el gobierno de Isabel y López Rega, las AAA, el genocidio ejercido a partir del nuevo golpe militar de 1976, el eje militar-sindical en que el gran capital confía para el control de la Argentina (Verbitsky, 1986; 9).

Se iniciaba la lucha, según este autor, para desplazar a Cámpora y copar el poder por la ultraderecha. Comenzaba la guerra larvada contra la fuerza social popular. Los mejores sueños de gran parte del pueblo argentino comenzaban a convertirse en la peor de las pesadillas.

Las Tres A

La extrema derecha peronista comienza el desarrollo de prácticas represivas con grupos paramilitares y para policiales.

...se había estado formando desde fines el 69 una fuerza armada clandestina de carácter fascista, compuesta por mandos de las fuerzas armadas y de seguridad coordinados por sus respectivos aparatos de inteligencia, que tomaron a lo largo de esos años diversos nombres de comandos militares y convergieron ya en 1974 con la denominación común de Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). (Izaguirre y Aristizábal, 2002; s/d).

En la presidencia interina de Lastiri apareció en acción una organización fascista criminal: las tres A, Alianza Anticomunista Argentina, sustentada con fondos del Ministerio de Bienestar Social. Reemplazó parcialmente al aparato represivo estatal: el grupo paraestatal traccionó formas represivas que no podían realizarse legalmente. Realizó secuestros, voladuras de cuerpos, atentados, fusilamientos; asesinatos individuales o grupales, ataques a grupos y locales políticos para producir horror, miedo y desmovilizar al pueblo. Su objetivo era asesinar militantes de izquierda y populares en una etapa de concentración y acumulación de poder para la camarilla de ultra derecha que dirigía el ministro de Bienestar Social, López Rega. Este se planteaba concentrar el poder político del gobierno destruyendo –aniquilando– a los oponentes a través de prácticas represivas no legales. Las 3 A tenían como enemigos las organizaciones de la izquierda peronistas y no peronistas. El proceso que se produjo fue la derechización -

fascistizante-, que llegó a controlar todo el gobierno, y que trató de controlar también las fuerzas armadas.

La acción de dichos aparatos criminales mostraba el proyecto político que avanzaba para imponerse. Era una transformación de la situación larvada: la metamorfosis hacia la anunciada “Argentina Potencia” era una Argentina de derecha. Vale también la imagen del huevo de la serpiente: por los hechos podía traslucirse lo que sería una vez desplegado. Las acciones de las organizaciones armadas de derecha no eran de enfrentamiento armado con otras, sino de terrorismo contra personas indefensas: el crimen liso y llano. Era una suerte de proto guerra.

La lucha contra la izquierda dentro del movimiento peronista tuvo distintos momentos: en esa lucha estaba comprometido el mismo general Perón. Un documento presentado ante el Consejo Superior Peronista en octubre de 1974 impartía medidas intrapartidarias que tensaban al Partido Justicialista para desplazar y expulsar a los sectores de izquierda. El documento imponía definiciones: los grupos o sectores peronistas debían pronunciarse públicamente en una situación considerada de guerra contra los grupos marxistas y participar activamente en las acciones que se planificasen para llevar adelante esa lucha.

En una cita del documento de Perón indicaba cómo enfrentar a Montoneros: “Pero si no fuese suficiente, tendríamos que emplear una represión un poco más fuerte y más violenta también” (Bufano, Texeido, 2015; 362). Posiblemente aludía al uso de una fuerza ilegal, que eran las 3 A. Pero también a otras organizaciones conexas, como las bandas armadas de la burocracia gremial.

Las FFAA estaban encerradas en los cuartos, curándose de las heridas infringidas por la lucha popular en la etapa anterior dictatorial. Para ganar espacio político tardarían un tiempo, entretanto actuaban a través de las bandas paramilitares.

Las Organizaciones Político Militares (OPM)

Las dos organizaciones guerrilleras eran el PRT-ERP y Montoneros. Luego de un breve reacomodamiento a la democracia continuarían con el accionar armado, pero desde sus distintas concepciones y posiciones.

El PRT-ERP privilegió la estrategia militar en detrimento de la política (Seoane; 1991; 235). El PRT-ERP consideraba que era la vanguardia de la clase obrera. El declararse vanguardia de la clase obrera o considerarse el partido de la clase obrera no convertía la

organización efectivamente en ello, como tampoco la clase obrera es por condición *sine qua non* revolucionaria. Ello era válido también para los partidos de la izquierda no armada que se autodeclaraban partido de la clase. Estos lograban una cierta inserción en las fábricas pero no llegaban-salvo importantes excepciones- a conducir organizaciones gremiales, las que estaban en gran parte dirigidas por la llamada burocracia obrera, imbuida de la ideología de conciliación de clases y visceralmente anticomunista.

El ERP reinició sus acciones armadas a nueve meses del inicio del nuevo gobierno, lo que necesariamente produjo la reacción de Perón. El conflicto hasta ese momento latente comenzaba a desarrollarse. El PRT declaró que continuaría el combate contra las fuerzas armadas, no así con el gobierno: una dualidad que era difícil de sostener. La estrategia armada lo era todo, la situación política de la coyuntura era secundaria.

La organización Montoneros original, surgida en 1968, con el secuestro de Aramburu, desarrolló una creciente y activa lucha contra la dictadura Onganía- Levingston-Lanusse. En la etapa electoral, su trabajo militante le permitió convertirse en la dirección de centenares de miles de jóvenes en su mayoría. Constituía una gran fuerza hacia 1973 y luchó por la dirección del peronismo. Sufrió una política de aislamiento, de conversión en “enemigo infiltrado” por el propio líder del movimiento y sufrió la represión de los grupos paraestatales. La lucha interna con los sectores de la derecha peronista y de la burocracia sindical se tornó violenta recrudesció tras la muerte de Perón por la conducción de la masa peronista.

Montoneros realizó diversas operaciones, entre ellas el asesinato de Rucci. Bufano y Teixedo (2015) plantean acerca de la política de Montoneros en lo militar que “su objetivo se reducía a una guerra de bolsillo entre su propio aparato y las fuerzas represivas”. La guerra de bolsillo era una forma de la guerra de aparatos (reducida, encerrada, sin salida), y, si la hubo, fue una etapa. Luego se pasó a otra etapa, de aparatos desplegados.

La organización Montoneros pasó a la autolandestinidad el 4 de septiembre de 1974. En una conferencia de prensa y en una de sus publicaciones decían que: “Se han agotado todas las formas legales de continuar la lucha...hay que golpear por igual hasta que gane el pueblo. Y si se agudizan las contradicciones en el gobierno mejor”² Finalmente Montoneros se declaraba en estado de “guerra integral”, proclamó “que la lucha armada era la práctica principal.” (Calveiro, 2006; 118).

²Urgente 24. (<http://archivo.urgente24>) 14 de noviembre 29014.

Las OPM planteaban en su concepción que el accionar armado empujaba la lucha de masas, a diferencia de las organizaciones de izquierda no armadas, que planteaban que el camino hacia la revolución era a través de la acción de masas, las cuales en el camino construirían su autodefensa de masas y luego un ejército popular: eran dos caminos distintos e inversos. De todos modos ninguno lo logró.

El estado de sitio

El 6 de noviembre de 1974 el gobierno decretó el estado de sitio debido a la situación de conmoción interna: fue un paso más en el deterioro institucional del país. Los argentinos entraron a vivir en una situación que se les impuso como un peso invisible pero agobiante, que no terminó el 24 de marzo de 1976, dado que el estado de sitio fue prolongado por la dictadura hasta octubre de 1983, de manera que duró nueve años.

La declaración de estado de sitio cerró y acabó con la democracia, ya que imponía una situación similar a una guerra. Este es un arma legal del poder estatal ante situaciones que hacen peligrar el orden constitucional; suspende los derechos ciudadanos y permite profundizar la represión. En este caso implicaba una concentración de poder político gubernamental para imponerse en la lucha interna contra la izquierda peronista. El proyecto fascista de López Rega avanzaba en el control total del gobierno peronista. La amplia cantidad de expresiones políticas ideológicas que había dentro del peronismo había llegado a un punto de consunción, expulsada y combatida la izquierda peronista y neutralizados los sectores populares e históricos el peronismo, el estado era controlado por la extrema derecha peronista fascistoide, dirigida por el llamado “Brujo” López Rega. El decreto decía en el último considerando: “Que la generalización de los ataques terroristas, que repugnan a los sentimientos del pueblo argentino sin distinción alguna, promueve la necesidad de ordenar todas las formas de defensa y de represión contra nuevas y reiteradas manifestaciones de violencia que se han consumado para impedir la realización de una Argentina Potencia y de una revolución en paz”.

A uno de los firmantes de este decreto, López Rega, virtual superministro del gobierno, le recaía todo lo antedicho, ya que era un secreto que voces que él dirigía a las tres A.

Guerra de aparatos

La etapa de atentados y asesinatos entre junio y noviembre de 1974 puede caracterizarse como momento de lucha de aparatos. En esa etapa los argentinos desconcertados asistían a la matanza y ejecuciones de las 3 A contra las organizaciones de izquierda en general y las respuestas de las OPM.

La guerra de aparatos –no suficientemente estudiada- indica el enfrentamiento entre organizaciones enemigas entre ellas, independientemente de las condiciones objetivas y subjetivas de la sociedad. Un momento estricto de aparatos fue cuando las 3 A asesinaban a miembros del campo popular y/o dirigentes, intelectuales o militantes de organizaciones armadas visibles. Las acciones de represalia implican los asesinatos políticos que se alimentan a sí mismos en el enfrentamiento entre grupos armados reducidos. Los aparatos suplantán la acción directa de las masas; actúan en función de ellas pero quedan al margen y son reprimidas.

La preeminencia del aparato represivo en una situación de control social extremo que subordina los aparatos ideológicos, que son los que reproducen el discurso dominante. El aparato represivo del Estado es la fuerza que asegura el orden del sistema: fuerzas armadas, policiales, bajo las políticas que el Estado aplica para su mantenimiento y accionar. Es un aparato de dimensiones enormes, más aun comparado con el aparato de las organizaciones guerrilleras, pero en sí mismo son cerrados, ya que actúan en forma clandestina. El aparato guerrillero consume armas, equipos de transporte, aprovisionamiento, casas de seguridad, lugares de concentración, movimiento de equipos, tareas de inteligencia, alimentos, medicamentos y equipo médico; se necesitan ingentes sumas de dinero para mantenerlo, una compleja estructura de militancia en la clandestinidad para sostener a los combatientes y las acciones armadas; todo se utiliza para mantener el grupo armado: devora todo para consumir armas, balas y vidas humanas. El aparato es una manera de analizar la fuerza guerrillera que no la agota pero que en ciertos momentos cubre todo: es en la etapa del militarismo.

Por otro lado, para comparar la relación cuantitativa de fuerzas, el número de los integrantes de las organizaciones guerrilleras (aunque es difícil calcular), puede estimarse entre las dos fuerzas, tenían de 1000 a 1300 combatientes (Ciancaglini, Granosky, 1995; 264), ante las fuerzas armadas que tenían 128.000 miembros en 1976 (Seoane, Muleiro, 2006).

Los aparatos de izquierda armada y los aparatos paramilitares y militares se desatan con gran violencia. Pero los contenidos ideológicos y la moral de las fuerzas son totalmente distintos.

En la fallida acción de Catamarca (11 de agosto de 1974) 14 combatientes del ERP, que se habían rendido, fueron asesinados. El ejército no tomaba prisioneros, declaró un general. Por ello el PRT decidió tomar represalias, matando a militares (un muerto por un muerto para hacer respetar las reglas de la guerra). Se trató de un momento de acciones ciegas de un aparato, que se detuvo cuando -inadvertidamente- un grupo guerrillero mató a una niña inocente. Este hecho hizo desistir de las represalias al ERP.

El operativo independencia en Tucumán

En febrero de 1975 comenzó el Operativo Independencia en la provincia de Tucumán para destruir a la guerrilla. En los hechos fue un anticipo del terrorismo de estado: se atacó a organizaciones políticas, estudiantiles, sindicales y religiosas. Hubo secuestros, asesinatos y se instalaron los primeros centros clandestinos. El terrorismo de estado se había anticipado en esa provincia, pero bajo la conducción del peronismo fascista: Acdel Vilas, militar que dirigía el operativo, era adepto a López Rega. La doctrina militar contra los sectores insurgentes populares era la misma. Se había desplegado un aspecto más de la guerra larvada, mostrando el rostro monstruoso de la metamorfosis del gobierno hacia el peronismo de ultraderecha.

El segundo momento de este avance represivo fue contra las direcciones obreras clasistas de la zona industrial que iba desde San Nicolás hasta Villa Constitución, entre marzo y mayo de 1975. Se desató una fuerte represión contra las organizaciones sindicales. Las fuerzas armadas (apoyados por la patronal y la conducción sindical de UOM) llevaron a cabo el llamado “Operativo Independencia”, contra la “serpiente roja del Paraná” (a la que también se denominó guerrilla fabril). Se originó una resistencia de los obreros y las poblaciones involucradas pero fueron finalmente derrotados.

La lucha de masas: junio y julio de 1975

Las grandes luchas obreras de junio-julio de 1975 pueden considerarse uno de los momentos más álgidos de la lucha de clases, donde la clase obrera dio una lucha ejemplar y logró un triunfo histórico. Este es un momento particular de la historia argentina que debe ser destacada. Se habría un camino de acciones de la clase obrera de los lugares más concentrados; en Córdoba, en el cinturón industrial de Buenos Aires.

Esto sucedía no contra un gobierno liberal o dictatorial sino contra un gobierno peronista, que significaba la identificación política de la mayoría de la clase obrera.

Ante la gran movilización de masas de junio-julio de 1975, podía considerarse que existía una situación revolucionaria, sin embargo no se pudo avanzar hasta ella. La izquierda, que tuvo peso en las comisiones fabriles, en las asambleas, tomas y marchas no pudo ponerse al frente efectivo de la clase obrera. Si bien en las comisiones fabriles el activismo de las organizaciones marxistas no armadas y armadas junto con las del peronismo de izquierda fue intenso, no se alcanzó a superar los límites de la conciencia posible de los trabajadores. No se produjo el salto de conciencia hacia una situación revolucionaria.

En la dialéctica movilización de masas- acciones armadas no se dio el paso de una a otra, pese al esfuerzo que pudieron haber realizado los militantes de las organizaciones políticas militares. Tampoco las organizaciones de izquierda que planteaban la toma del poder por la acción de las masas pudieron pasar los límites de la situación coyuntural.

La estructura que construye el marco de la estructura la delimita; en estructura y coyuntura hay posibilidades de su superación pero también están las fuerzas y procesos que lo impiden y llevan al camino contrario. La colisión de fuerzas enfrentadas en la arena política, a través de las quimeras o rupturas de quimeras que prohíjan-, produce hechos que sobrepasan el propio accionar y comprensión de los sujetos o actores. Se produce algo nuevo que sobre pasa la capacidad de operar sobre ella a las fuerzas implicadas, el proceso mismo después decanta y se (re)produce un (nuevo) equilibrio o un desandar hacia lo viejo, lo anterior.

Existe una discusión sobre si existió una situación revolucionaria en esos meses. Entre ex guerrilleros, estudiosos, académicos la discusión cobra cierta importancia en el tiempo pero en el momento de la coyuntura en que vivían los actores y los sujetos sociales, la caracterización era crucial, era cuestión de vida o muerte. Porque de la caracterización de la coyuntura devenía la línea política y la estrategia a desarrollar.

De Santis (2011) plantea que era una lucha de clases cercana a una situación revolucionaria, pero que no llegó a plasmarse como tal. En todo caso se trató de una situación prerrevolucionaria, ya que no se dieron todas las condiciones consideradas necesarias y la izquierda no pudo incidir en la lucha obrera para dirigirla totalmente.

Otro tema de discusión es si la fuerza social popular había sido derrotada antes de 1976. El reflujo de la clase obrera no necesariamente significaba derrota política: en realidad

no emprendió una lucha contra el sistema. “Esto no significa que se opusiera a los avances radicales: simplemente no los había hecho propios” (Izaguirre, 2009; 42).

La lucha por el poder a través de la acción de las masas sería reemplazada netamente por la acción de las armas. La izquierda no armada se quedó sin posibilidades políticas de imprimir otro camino en el proceso inmediato. También sería víctima de la fuerza contrarrevolucionaria concentrada del golpe de estado.

El proceso en esta fase de la coyuntura indica que la lucha de la clase obrera tuvo un reflujo y que entonces las OPM desarrollaron acciones de gran envergadura. Si la clase obrera dio en julio luchas extraordinarias, las OPM intentaron producir acciones de gran impacto pero no lograron sus objetivos y sí derrotas o logros muy parciales; sufrieron golpes que la llevaron al borde del desastre. No estaban aniquiladas pero estaban prácticamente vencidas.

Los decretos de octubre de 1975

Los tres decretos del 6 de octubre de 1975, un día después del ataque de Montoneros al Regimiento 29 de Formosa, ordenaban “neutralizar o aniquilar al accionar de los elementos subversivos” en todo el territorio nacional, como una demostración de poder del gobierno, cuando en realidad lo debilitaba, pues le daba libertad de acción a las FFAA, las que avanzaban hacia su propio proyecto. Ante el descalabro del gobierno nacional, las FFAA aparecían como un bloque firme y salvador en medio del caos económico, político y social que no cesaba. Con la promulgación de los decretos mencionados se extendió de la acción militar represiva a todo el país. Se estableció un estado mayor, se dividió el país en cinco zonas; el ejército adquiría mayor autonomía: el proceso de militarización se desarrolló en detrimento del poder del gobierno. Las FFAA lograron una mayor autonomía y comenzaron a jugar con el gobierno cada vez más desgastado de Isabel Perón- Ítalo Lúder como el gato con el ratón. El gobierno justicialista estaba armando un carro incendiado con el cual pronto lo quemarían a él mismo, tanto como a la vez –desde otro lado- las OPM hacían lo mismo: ambos bandos serían desintegrados por el poder militar. Todo el proceso contribuyó para facilitar el accionar de las FFAA. Estas se consideraban lo único impoluto que quedaba en el país: eran la reserva moral de los valores de la nación, en su lenguaje de “patrioterismo” que escondía sus concepciones escatológicas.

Esta etapa (septiembre-diciembre de 1975) fue de una intensidad inusitada y de aceleración de la historia y la violencia: fue el momento en que la guerra larvada pareció avanzar hacia la conversión en guerra civil abierta, sin llegar a serla: significó un incremento de las acciones militares. En un cuadro en que el gobierno estaba en retroceso, y la clase obrera en reflujo, la guerra revolucionaria quedaría restringida a las OPM, sin posibilidades de que se formara un ejército popular.

El comienzo de la aniquilación generalizada partió de los decretos de octubre: Tucumán se convierte en Argentina; la represión militar se despliega en todo el país. La fuerza militar contaba con formas legales pero actuaba con todas las formas de la contrainsurgencia, donde lo ilegal y clandestino se aplicó. La Argentina era el campo represivo; junto con ello avanzó el golpe, se produjeron golpes fuertes a las organizaciones armadas.

A mediados de octubre combatientes de la Compañía del Monte del ERP en Tucumán, después de haber sufrido derrotas y muerte de tres de sus jefes, fueron rodeados por fuerzas militares y catorce de ellos murieron después de horas de combate. En esos días una fuerza de Montoneros que fue sorprendida y derrotada en Tucumán.

Montoneros en agosto de 1975 dinamitó una fragata, puso una bomba a un avión Hércules cuando despegaba con tropas en Tucumán, produciendo 5 muertos. El 5 de octubre produjo el ataque al cuartel del Regimiento 29 de Formosa en el cual murieron 12 militares y 16 guerrilleros, de los 33 que actuaron. Si bien capturaron armas y huyeron de forma espectacular en un avión, si se trató de una victoria fue pírrica, dadas las bajas guerrilleras y solamente obtuvieron 50 armas.

El 7 de octubre el ERP perdió casi toda su dirección en Tucumán en un combate donde fueron emboscados. La guerrilla del monte perdió la iniciativa desde entonces.

Los decretos implicaban la neutralización o la aniquilación del accionar de la “subversión”. Los militares leyeron solamente aniquilamiento y de seres humanos, no de neutralizar el accionar. Se trataba de exterminio: para ellos no había dos contenidos diferentes; la primera comprendía ciertos límites: controlar, quitar poder de fuego mediante golpes que mermaran de manera significativa a las OPM, no necesariamente era exterminio que abría el camino ilegal como forma legal. Las fuerzas armadas argumentaban que no hay guerra civil que siguiera y cumpliera leyes, normas o acuerdos pues la guerra misma significaba matar(se) y para ello no se necesitaban reglas; nada se respetaba, no había garantías; el mejor enemigo era el enemigo muerto y no se trepidaban en el horror. Los dos sentidos desembocaron en uno solo, en lo que

sucedió efectivamente. Se legalizaba estatalmente la represión pero no se la practicaba a través de la ilegalidad.

Si las FFAA avanzaban adquiriendo cada vez más autonomía, las organizaciones guerrilleras avanzaban sin tregua hacia su propia extinción (y casi del país). Mientras Montoneros siguió con sus proyectos de focos en el Chaco y Tucumán, las fuerzas armadas actuaban para “hacer insoportable el miedo y el desorden social a fin de madurar el 24 de marzo” (Gasparini, 2005; 84).

El 18 de diciembre de 1975 se produjo el golpe del brigadier Capellini, de la fuerza aérea. La sublevación no fue reprimida y se obligó a Fautario a renunciar al mando de la fuerza militar. El camino estaba totalmente abierto. El golpe militar estaba cantado: todos sabían que era un hecho, lo que no se sabía era la fecha.

El 23 de diciembre el ERP realizó el ataque del cuartel de Viejo Bueno, en Monte Chingolo. La acción había sido vendida por un miembro que trabajaba para los servicios. La derrota fue total. El mayor ataque guerrillero a una unidad militar terminó en una matanza: 55 guerrilleros fueron abatidos y también asesinados habitantes de una villa colindante al cuartel. La derrota era total pero Santucho, su jefe siguió adelante, en vez de replegarse para preservar su fuerza. Santucho argumentó que el ataque fallido era una derrota militar pero un triunfo político. La desmesura aumentaba. Las declaraciones y documentos de las organizaciones excedían la realidad. Iban más allá de las propias fuerzas reales, objetivas y de las condiciones subjetivas populares. La vanguardia se adelantaba; una vanguardia que, a esas alturas, no era seguida por nadie.

Se prepara el golpe

Mientras recrudecía el conflicto, el ejército adquiría más terreno. Reducido a los cuarteles en principio, bajo el gran repudio social que tenían al abandonar el poder en 1973, poco a poco volvieron a escena. En el interior del ejército se preparaba un golpe a partir de un binomio que hizo todo un camino operando en la fuerza para lograr ascensos y deponer generales superiores para llegar a acumular el poder que los llevaría a producir el golpe. Estos dos eran Videla y Viola, binomio que articulaba planes para concentrar cada vez más poder dentro del ejército. Eran un poder creciente que organizaba el golpe. La lucha entre las OPM y las tres A constituyeron para Videla “una protoguerra sucia funcional a sus propios planes” (Seoane, Muleiro, 38). Posteriormente, con la expulsión de López Rega en julio, conspiraron contra Laplane,

jefe del ejército y en agosto lograron desalojarlo. El proceso lento y armado del golpe de Estado avanzaba según los planes previstos. El objetivo del golpe militar era el control monopólico de la represión. Las condiciones iban plasmándose paulatinamente. El golpe contrarrevolucionario estaba en marcha.

Principios de 1976

Hacia mediados de febrero de 1976 todas las suertes estaban echadas. El país marchaba fatalmente hacia el golpe que todos sabían que iba a suceder. Diezmadas las organizaciones armadas, en reflujo las luchas obreras, descalabrado totalmente el gobierno, todas las condiciones estaban dadas para el golpe de estado. La izquierda no había sabido ni podido transformar las condiciones políticas ni el partido gobernante impedir el golpe: muchos hechos habían actuado para favorecer a los militares, quienes ya actuaban como poder real en las sombras. El paro empresario, con alto acatamiento, del 16 de febrero de 1976, sellaba el momento final. La burguesía había abandonado el proyecto anterior y se volcaba a un nuevo orden. Era una manera de sumarse al golpe sin proclamarlo abiertamente. Se sellaba así nuevamente la alianza: el llamado “Partido Militar” actuaría a sangre y fuego para disciplinar; ellos harían el trabajo sucio para que la clase dominante pudiese avanzar en su único propósito: incrementar su tasa de ganancias.

Conclusiones

Fue una fase de lucha popular intensa: quizá fue el momento donde se produjeron condiciones cercanas a una situación revolucionaria en la historia argentina del siglo XX, aunque no maduraron totalmente las condiciones objetivas y subjetivas para la formación de un bloque popular alternativo para la toma del poder. No maduró el proceso de guerra civil, tal que las masas se plantearan la creación de un ejército popular masivo: hubo sí una guerra civil larvada durante el gobierno constitucional. No hubo dirección revolucionaria afirmada de las masas obreras. Hubo lucha económica, lucha ideológica, lucha armada, grandes acciones de clases pero no se avanzó hacia la transformación revolucionaria y finalmente triunfó la contrarrevolución. No se llegó tampoco a una guerra civil abierta, sino que fue una forma de guerra larvada.

Una manera de (ex)terminar un grupo étnico o disminuir su posibilidad de reproducirse biológicamente y culturalmente. Es una negación de alguien y una negación de que se lo niega. Hay violencia desmedida y a la vez medida, eliminación por sangría, saqueo de la vida de miembros de un grupo; forma de control social determinado. Es una forma punitiva del poder que hace (o deja hacer a otros) en perjuicio de un pueblo, grupo o etnia. No era una guerra civil reconocida. Era la guerra realizada por los sectores dominantes contra la fuerza social contestataria. Todos los bandos hablaban de guerra, caracterizándolo a su modo y concepción ideológica, pero no se le llamaba guerra civil. Era un conflicto armado intermitente, no continuo, que no tenía frente o línea de combate: no había territorio controlado por la guerrilla. La lucha armada no constituyó una guerra civil abierta. La violencia del poder tuvo dos momentos cruciales: la acción de los grupos fascistas (secundados por fuerzas policiales) y la acción de las fuerzas armadas en el último periodo del gobierno peronista. Las acciones de los paramilitares y de los militares produjeron rupturas en la fuerza social popular a través de golpes sucesivos (Izaguirre), de matanzas, de masacres, de asesinatos individuales, de creciente control político ideológico, de despliegue de formas del genocidio que luego se extenderían sobre todo el país. Luego la guerra larvada pasaría a otra etapa, develaría que su forma superior de desarrollo era el genocidio.

Bibliografía:

- Abós, Álvaro (1985) *El poder carnívoro*. Legasa. Buenos Aires.
- Bufano, Sergio y Teixedó, Lucrecia: *Perón y la Triple A*. Sudamericana. Buenos Aires. 2015.
- Calveiro, Pilar (2006) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Norma. Buenos Aires. 1ª reimpresión.
- Clausewitz, Karl (2005) *De la guerra*. Distal. Buenos Aires.
- Ciancaglini, Sergio y Granosky, Martin (1995) *Nada más que la verdad. El juicio a las juntas*. Planeta. Buenos Aires.
- De Santis, Daniel (2011) *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Formar filas. Buenos Aires. 2ª edición.
- Gasparini, Juan (2005) *Montoneros. Final de cuentas*. De la Campana. Buenos Aires.
- Gutman, Daniel (2010) *Sangre en el monte. La increíble historia del ERP en los cerros tucumanos*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (2006) *Argentina en el callejón*. Ariel. Buenos Aires.
- Izaguirre, Inés (2009) *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*. Eudeba. Buenos Aires.
- Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema (2002) *Las luchas obreras 1973-1976*. Documentos de Trabajo N° 17. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. UBA.
- Seoane, María (1991) *Todo o nada. La historia secreta y la Historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Planeta. 2ª edición.
- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2006) *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Debolsillo. Buenos Aires.
- Vertbitsky, Horacio (1986) *Masacre de Ezeiza*. Contrapunto. Buenos Aires. 10ª edición.